

¿POR QUÉ GANAR MÁS TIEMPO?

Una lectura bioeconómica de la crisis

Sandro Luce

Università degli Studi di Salerno

La actual crisis económica viene acompañada por un debate, siempre más amplio y heterogéneo, del cual emerge una cuestión antigua, que hoy asume una inédita especificidad teórica: ¿cuál es la relación entre democracia y mercado? ¿En qué términos puede declinarse todavía esta relación?

El recién y riguroso análisis de Streeck muestra cómo esta crisis es el resultado de un largo camino, empezado en los años setenta, que ha conducido a una hegemonía sin antecedentes de la ideología capitalista neoliberal. Los instrumentos utilizados para hacer frente a los periódicos momentos de crisis han funcionado como un fármaco provisorio, que ha mantenido unido el inestable binomio democracia-capitalismo. Una alianza disuelta por la actual financiación del capital, frente a la cual la política, tradicionalmente entendida como *government*, se ha desmoronado, llegando a ser completamente sumisa a la ideología neoliberal.¹ Se trata de un diagnóstico ampliamente compartible;² sin embargo, la compleja relación entre capital y democracia puede ser reinscrito en el ámbito de un marco conceptual capaz de ofrecer una perspectiva que ilumine la profundidad y la irreversibilidad de las transformaciones de las últimas décadas, que han erosionado la consistencia teórica original de numerosas categorías, a partir de la categoría misma de la política. Esta torsión, léxica y teórica, permite replantearse la relación mercado-democracia dentro de una gobernabilidad de tipo bioeconómico, caracterizada por la intensa socialización de los poderes, que gobiernan la vida a través de relaciones de tipo económico. Estas, en sintonía con la representación neutralizadora del mercado, configuran las conexiones interpersonales mediante transacciones basadas en criterios de conveniencia, por tanto con rasgos despersonalizadores y no afectivos, que eluden

1. W. Streeck, *Gekaufte Zeit: Die vertagte Krise des demokratischen Kapitalismus*, Shurkamp Verlag, Berlin, 2013.

2. No faltan las convergencias con otros estudios sobre este tema, cfr. D. Harvey, *A Brief History of Neoliberalism*, Oxford University Press, Oxford, 2005; L. Gallino, *Finanzcapitalismo. La civiltà del denaro in crisi*, Einaudi, Torino, 2011.

los instrumentos jurídico-políticos aún vinculados a un pacto de solidaridad y a un soberano que los hace efectivos.

El proceso de economización de todas las facetas de la vida ha hecho que el imaginario en el que se fundan las sociedades sea inseparable de los mecanismos de estructuración de sujetos dominados por la mentalidad mercantil, con su retórica de la autoafirmación, del ser hacedor de sí mismo, basada en la exaltación de las capacidades relacionales y creativas. La cuestión de la política no puede prescindir de estas nuevas subjetividades-sometidas y de la exigencia de profundizar la concreta articulación de estos procesos en el contexto histórico y en las modalidades de producción económica en las que se realizan. Hay subjetivaciones políticas que no nacen necesariamente de un gesto antagonista dictado por una contingente identidad política en conflicto con el orden establecido y tampoco de una acción desvinculada del contexto que lo precede y lo alimenta, sino que aparecen a partir de aquellas fuerzas que se resisten a la captura de la ideología capitalista, capaces de manifestar el desacuerdo y poner nuevamente en juego, polémicamente, nuevos espacios de identificación y de acción política.

La lógica económica de la *Governance*

El proceso de hegemonización del discurso neoliberal ha coincidido con la afirmación de lo que generalmente es definido *governance* global. El uso siempre más difundido de esta categoría procede, antes de todo, de una exigencia de tipo descriptivo, que aspira a explicar la actual forma gubernamental como el resultado de una transformación de las categorías clásicas de la modernidad, la primera de entre ellas la de soberanía. La lógica vertical y jerárquica típica del *government*, vinculado a unos espacios bien delimitado por confines, se ha transformado en una lógica de tipo horizontal destinada a favorecer procesos de cooperación e interacción entre sujetos de diferente naturaleza (ciudadanos, empresas, asociaciones y el mismo Estado), que utilizan variados instrumentos para la elaboración de políticas, que deberían de ser caracterizadas por una mayor transparencia de los procesos de toma de decisiones mediante la participación en ellos de sujetos no institucionales. Este sistema de intermediación de intereses entre diferentes actores halla plena justificación en la adaptabilidad a los procesos de toma de decisiones en sistemas complejos, que no hacen referencia a un territorio específico.³

3. Sobre los mecanismos de ensamblaje de componentes nacionales y globales en nuevos tipos de entidades institucionales, cfr. S. Sassen, *Territory, Authority, Rights: From Medieval to Global Assemblages*, Princeton University Press, Princeton,

Se trata de una descripción que si bien adherente a lo que se sucede en el mundo a día de hoy, parece inadecuada para iluminar el opaco orden discursivo que la sostiene, para sondear el cual puede resultar conveniente acudir a la caja de herramientas que nos ha puesto a disposición Foucault. Él nos ha mostrado cómo las dinámicas del poder nunca se puede resumir en un único “lugar”, mucho menos si ese lugar se halla en la cúspide el sistema político, y tampoco se explicitan mediante funciones prevalentemente represivas, más bien se entrelazan en tupidas tramas de tipo horizontal que se entretejen en el ámbito social, produciendo acciones y subjetividades subordinadas a los saberes que se afirman como verdaderos. En particular los estudios sobre la *gouvernementalité*,⁴ es decir la específica racionalidad que caracteriza, en un determinado período, el gobiernos de los vivos, se concentran en las condiciones de posibilidad e inteligibilidad de los modos en los que el gobierno actúa sobre las acciones suyas y de los demás, ofreciendo una perspectiva de una profundidad a menudo ausente en aquellos análisis que se preocupan de investigar sobre todo las lógicas autopoieticas de la *governance*.

Moviéndonos en esta perspectiva, la alianza entre capital y democracia se presenta del todo interna al paradigma biopolítico, en el que el cuidado y el fortalecimiento de la vida, es decir el discurso dominante subyacente a ese paradigma, han encontrado su plasmación práctica en la afirmación de una serie de derechos (sanidad, instrucción, salarios más altos, etc.), realizando por tanto una función productiva y afirmativa de las expectativas, de las necesidades y de los deseos de los sujetos. El doble registro, discursivo y práctico, que ha sido puesto sobre la mesa por los dispositivos biopolíticos welfaristas, ha garantizado de esta manera el crecimiento social mediante una serie de medidas dirigidas al bienestar de los sujetos según una modalidad que vuelve a proponer canones pastorales.⁵ Este paradigma he llevado a cabo un significativo *deplacément*, puesto que el discurso que se afirma como verdad ya no es el del soberano, sino el del *bios* y el de las normas a él subyacentes. El primero se basa en la relación mandato-obediencia: se da el reconocimiento voluntario de un poder jerárquicamente supraordenado al que se nos somete por razones que pueden ser diferentes, pero que de todas maneras legitiman ese poder; sin embargo, la perspectiva abierta por la figura del pastor introduce una diferente relación en la que la autoridad de quien gobierna se funda en su disponibilidad

2006; sobre las diferentes “graduaciones” de soberanía, cfr. A. Ong, *Neoliberalism as exception. Mutations in Citizenship and Sovereignty*, Duke University Press, Durham, 2006. Un análisis específico sobre estos temas se encuentra en A. Tucci (ed.), *Disaggregazioni. Forme e spazi di Governance*, Mimesis, Milano-Udine, 2013.

4. M. Foucault, *Naissance de la biopolitique. Cours au Collège de France, 1978-79*, Seuil/Gallimard, Paris, 2004.

5. Sobre la estrecha conexión presente en los dispositivos entre elementos discursivos y no discursivos, cfr. L. Bazzicalupo, *Dispositivi e soggettivazioni*, Mimesis, Milano-Udine, 2013.

a actuar a favor del bienestar y la prosperidad de los gobernados-población. Se ofrece como oblación la gestión de las vidas y se espera la influencia obligatoria que esta ofrenda suscite en los gobernados. Se instauran relaciones heterónomas y en cierto modo pasivizantes, realizadas a través de técnicas en su mayoría inclusivas y disciplinarias que satisfacen el deseo, colmando la falta, que normalizan, creando subjetividades internas a los procesos de resocialización al que aspira el proyecto keynesiano en la búsqueda de un punto intermedio entre individuo y Estado moderno.⁶

El deslizamiento, evocado por Streeck, de una justicia social a una justicia del mercado se ha concretado en los últimos treinta años, en los que se ha impuesto un complejo de retóricas que ha culminado en la colonización del espacio político por parte del económico, capaz de superar el conjunto de mediaciones coordinadas por las instituciones democráticas y de gestionar autónomamente los conflictos sociales. El gobierno bioeconómico se ha presentado como capaz de remover los defectos de la democracia representativa debidos a la necesidad de mediar y, por lo menos en parte, de satisfacer las peticiones de los ciudadanos, asegurando a la vez criterios para seleccionar lo mejor que la sociedad ofrece en términos de talento y de mérito. Por tanto, las nuevas subjetivaciones se han formado en el interior de un imaginario completamente diferente al del pasado, ahora más impregnado de libertad y posibilidades autorrealizadoras, dentro de una continua competición, sometidas a los poderes que las gobiernan más como vidas deseantes que como ciudadanos titulares de derechos. La crisis de la política, entendida como lugar de la decisión legítima sobre un determinado territorio, no deriva de su sometimiento al discurso económico, considerado como externo a ella y como su principio de legitimidad, sino del hecho de que ella misma llega a ser una economía en el momento en que concentra el fuste de su propia racionalidad más sobre la lógica que guía las decisiones que sobre los fines de estas elecciones.⁷

Describir la *governance* limitadamente en términos de una mera dislocación de los poderes de un nivel nacional a otro global y hallar su fuente de legitimidad en las prácticas de negociación y asociación que permiten ampliar la esfera de toma de decisiones a los sujetos titulares de un interés, significa aceptar su retórica sin darse cuenta de la mutación ocurrida en la racionalidad del gobierno, y de cómo ello haya producido una indistinguibilidad entre *governance* y economía. Nos basta pensar en el modelo antropológico en el que se funda esta nueva racionalidad gubernamental. Los agentes están considerados iguales e independientes, cada uno en posesión de la

6. J. M. Keynes, *The End of Laissez-Faire: The Economic Consequences of the Peace* (1926), Prometheus Book, New York, 2004.

7. L. Bazzicalupo, *Il governo delle vite. Biopolitica ed economia*, Laterza, Roma-Bari, 2006.

información necesaria para orientar de forma racional sus decisiones de adquisición e inversión. Ellos dirigen su propia conducta al aprovechamiento óptimo del propio capital humano, que no deriva solo de caracteres genéticos o biológicos, sino que es la consecuencia de una inversión educativa y profesional que genera conocimiento, entendido como factor de producción que aumenta la productividad del individuo. El sujeto se construye como una especie de empresa permanente y a la vez flexible, capaz de interactuar con el ambiente en que vive y de potenciar sus capacidades, libre de reinventarse, pero también inexorablemente atrapado en el cerco de técnicas y saberes, y siempre sometido al yugo de expertos que orientan su conducta. Una mezcla entre retóricas de la autorrealización y formas de control caracteriza la lógica gubernamental neoliberal que desvela su alma bioeconómica: ella produce nuestras subjetivaciones y estructura nuestro imaginario.

Subjetivaciones

A la luz de estas consideraciones, las propuestas de Streeck – la salida del euro, con anulación de la deuda y la vuelta a la soberanía estatal – aun siendo loables por tratar de dar un nuevo impulso a la política y a sus aspiraciones solidarias, amenazan con adquirir las connotaciones de una batalla de retaguardia, cercanas, entre otras cosas, a las posturas de los nuevos populismos antieuropeos. Es esta la acusación que le hace Habermas, intransigente a la hora de sostener la necesidad de una consolidación democrática de Europa que se ha de conseguir a través de la activación y del funcionamiento de una esfera pública de ámbito europeo, que apoye políticamente la decisión de las instituciones europeas.⁸ Nos encontramos ante un paradigma moderno que considera la economía, en cuanto ámbito de saber con una lógica inmanente, del todo extrínseca a la política que, al ser una esfera separada, sigue con poder para regularla y someterla a unos vínculos en nombre de principios comunes. El punto de perspectiva es el mismo, lo que se amplía es únicamente el campo visual (del nacional al supranacional), sin captar el deslizamiento que este nuevo dispositivo gubernamental ha producido en los modos y las técnicas de gestión del ser vivo.

Eso no significa renunciar a la perspectiva de una nueva justicia social adecuada a los nuevos sujetos sometidos a la *governance* y antagonista respecto de las actuales lógicas

8. J. Habermas, “Demokratie oder Kapitalismus?”, en *Blätter für deutsche und internationale Politik*, 5, 2013, pp. 59-70.

de la justicia de mercado. Sin embargo, evidentemente, la racionalidad de gobierno de matriz welfarista hallaba su coherencia solo dentro de un sistema cuya lógica era específicamente política, como el de tipo nacional, y pasaba por formas de mediación encarnadas por sujetos como los partidos y los sindicatos, que hoy en día se encuentran vaciados de sentido y deslegitimados, debido a las políticas de ataque y recorte a los derechos de los trabajadores y a la creciente evanescencia de los mecanismos representativos. Así el augurio de Streeck desvela un rasgo paradójico y termina con parecerse a un desesperado intento de ganar más tiempo, mediante una vista que mira más al pasado que al presente.

No hay que olvidar cómo el neoliberalismo ha invertido a fondo en la producción de subjetividad, no sólo relacionado con lógicas autopoieticas y de *empowerment*, sino creando también subjetividades móviles y resistentes, recapturadas a través de modalidades de rejerarquización y selección que no renuncian a utilizar técnicas tradicionales de control y disciplina: nos vale pensar en los nuevos dispositivos de asignación de raza y género. Sin embargo, justo ahora que la crisis encuentra dificultad para encontrar salidas, y el crecimiento ilimitado y la regeneración del capital pasan por una fase de *impasse*, las subjetividades estructuradas alrededor de este tipo de imaginario pueden encontrar un espacio, un resquicio con respecto a él y a la imagen ideal y natural de sí con la que tienden a coincidir. Si uno de los rasgos principales de la *governance* neoliberal ha sido aquel de economizar el deseo, la fallida satisfacción de los deseos generados por el mismo discurso del capital provoca no solo desilusión, sino también resistencias. Emergen siempre más numerosas clases de excluidos que, inmersos en la lógica inmunizadora del intercambio por equivalencia del capitalismo, se encuentran en desorientada condición de pérdida. Pues justo de la capacidad de estos sujetos – precarios, desempleados, nuevos pobres – de elaborar el luto de su misma condición puede surgir la complicada, pero necesaria, obra de erosión de aquellas verdades en las que se funda el gobierno neoliberal. Se trata de una subjetividad que tiene en sí aquellas potencialidades autorganizadoras – que el mismo discurso neoliberal siempre ha sostenido – y que de forma frecuente utilizan modalidades más o menos explícitas, más o menos organizadas, de sustracción o de ruptura con respecto a los dispositivos de apropiación del capital.

Plantearse el problema de la política no significa necesariamente volver a confiar en aquellas categorías que ya funcionaron en el pasado, pero que actualmente se han reducido a ser meros engranajes de la maquinaria capitalista cuyas teorías económicas están entrelazadas con la producción de saberes, que justifican las bases de lo político. Por el contrario, la cuestión política debe enfrentarse a las nuevas subjetividades que, con

la fuerza de sus reivindicaciones y la disonancia de sus perspectivas respecto a la verdad “natural” del mercado, pueden constituir un primer paso necesario para poner en entredicho el orden gubernamental actual. Queda claro que las instancias procedentes de la sociedad serán muchas veces profundamente diferentes entre ellas, sintomáticas de la complejidad que invade los procesos de sujetivación política. Sin embargo, justo esta emergencia y la articulación de estas voces en contra-discursos constituye el presupuesto para poner en evidencia las patologías presentes en el espacio, aparentemente liso y totalizador, del discurso capitalista y para reactivar la matriz polémica y radical de la política.

